

LA IGLESIA POPULAR EN NICARAGUA

Juan Pablo II ha escrito una carta larga a los obispos de Nicaragua sobre la Iglesia popular. No es un problema puramente nicaraguense, ni tampoco puramente eclesial. En Nicaragua, sobre todo, tiene un fuerte acento político. Con frecuencia los que se consideran de la Iglesia popular son gentes afectas a la revolución sandinistas y a la causa de los pobres; con frecuencia también los que se enfrentan a la Iglesia popular son enemigos de la revolución sandinista y afines a los proyectos que los norteamericanos quieren para Nicaragua. Sin embargo, el problema de la Iglesia popular no es puramente político, tiene un profundo alcance teológico y pastoral. Por ello el Papa se ha metido de lleno en él.

El Papa insiste, por lo pronto, en la Iglesia como sacramento de unidad. La Iglesia debe ser ella misma un modelo de unidad interna para convertirse en señal e instrumento de la unidad que ha de construirse en el mundo y en la humanidad. Recomienda por ello, por lo pronto, la máxima unidad entre los obispos, que en Nicaragua no ha llegado todavía al ideal. Pero lo que más le preocupa al Papa es la unidad de los fieles, a la que llama el don más precioso, porque es frágil y está amenazada. El Papa conoce bien la división interna de Nicaragua; por eso quiere que "vuestros cristianos se encuentren acomodados en los ideales evangélicos de justicia, paz, solidaridad, comunión y participación, sin que los separen irremediamente opciones contingentes nacidas de sistemas, corrientes, partidos u organizaciones". El Papa quiere que haya unidad civil en Nicaragua y quiere que la Iglesia sea patrocinadora de esa unidad, "señal e instrumento de unidad en el País". Esta unidad de la Iglesia debe hacerse en torno a los obispos, siempre que éstos realmente estén unidos, y no al margen o en contra de ellos. Y es en este contexto donde habla de Iglesia popular.

El Papa reconoce que puede tener una significación aceptable, entendida como "iglesia que nace del pueblo". Es aceptable si significa "que la Iglesia surge cuando una comunidad de personas, especialmente de personas dispuestas por su pequeñez, humildad y pobreza a la aventura cristiana, se abre a la Buena Noticia de Jesucristo y comienza a vivirla en comunidad de fe, de amor, de esperanza, de oración, de celebración y participación en los misterios cristianos, especialmente en la Eucaristía". Pero con Puebla, Juan Pablo II ve el término de Iglesia popular como poco afortunado, pues, de hecho, y más visiblemente suele ser otra cosa: "significa una Iglesia que se agota en la autonomía de las llamadas bases, sin referencia a los legítimos Pastores o Maestros; o al menos sobreponiendo los 'derechos' de las primeras a la autoridad y a los carismas que la fe hace percibir en los segundos. Significa... Iglesia encarnada en las organizaciones populares, marcada por ideologías, puestas al servicio de sus reivindicaciones, de sus programas... Es fácil percibir ...que el concepto de 'iglesia popular' difícilmente escapa a la infiltración de connotaciones fuertemente ideológicas, en la línea de una cierta radicalización política, de la lucha de clases, de la aceptación de la violencia para la consecución de determinados fines, etc."

Las características rechazadas, por tanto, son las siguientes: 1) separación de las bases de los pastores o prelación de los derechos de aquellas sobre la autoridad y los carismas de éstos; 2) excesiva encarnación en las organizaciones populares, como si el ser de éstas agotara la realidad de la Iglesia; 3) connotación ideológica que conduce a una excesiva politización y a una radicalización que lleva consigo lucha de clases y aceptación de la violencia. Donde más insiste el Papa es que no puede darse una Iglesia po-

pular opuesta a la Iglesia presidida por los legítimos pastores.

Hay en este planteamiento dos problemas principales: uno, más general, referido al problema teológico de la Iglesia popular; otro, más concreto, referido al problema que actualmente se da en Nicaragua.

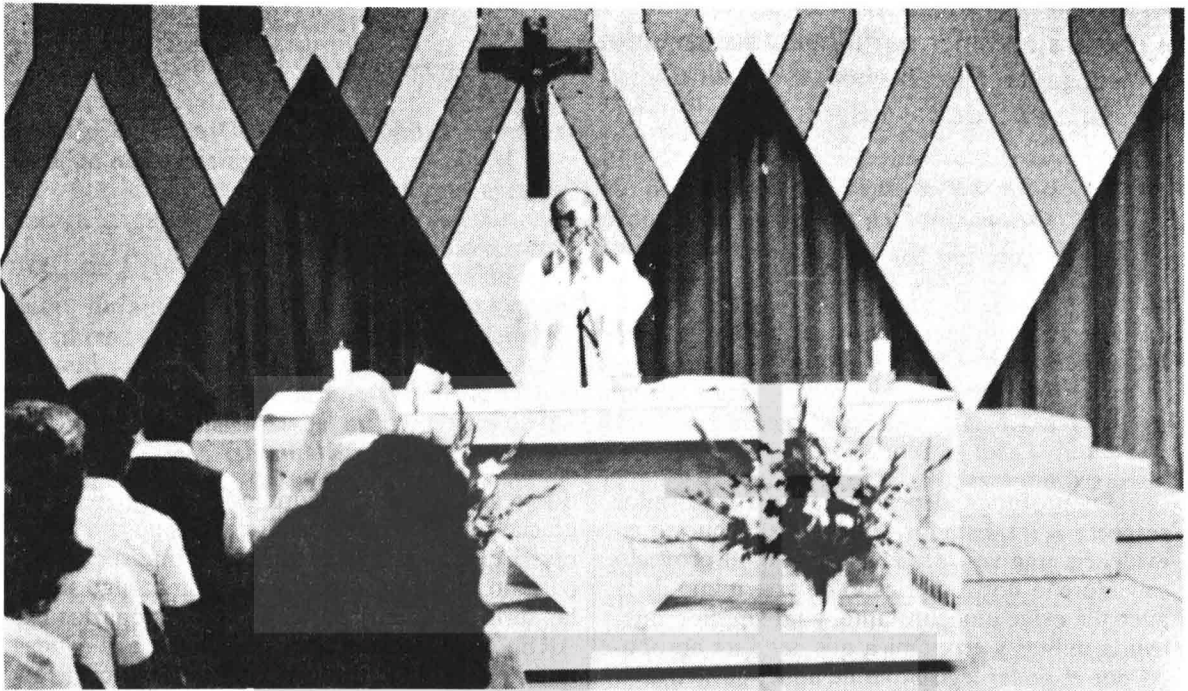
Por lo que toca al primero, el Papa se cuida bien de no hablar mal de la Iglesia de los pobres. La expresión y el concepto fueron utilizados muy vigorosamente por Juan XXIII y por egregios obispos en el Vaticano II; lo significado por la Iglesia de los pobres fue recogido en Medellín y mantenido en Puebla sobre todo bajo el término de "opción preferencial por los pobres". El concepto ha sido trabajado por muchos teólogos de manera muy sólida y se va imponiendo cada vez más en la teología universal; la realidad ha cobrado forma espléndida en muchos movimientos de comunidades de base, no sólo en Brasil, sino en otros muchos países de América Latina, también en Nicaragua y en El Salvador. Es algo que todavía no ha sido comprendido ni valorado por algunos obispos, lo cual no deja de causar dificultades y escándalos.

Esta Iglesia de los pobres tiene por lo que se refiere a las características aludidas por el Papa estas variantes: 1) no busca la separación de las bases respecto de sus pastores, sino al contrario se empeña en que los pastores, dentro de la opción preferencial por los pobres, estén a la altura de su misión evangélica, sin dejarse arrastrar por intereses políticos o por ventajas sociales o institucionales: la Iglesia de los pobres no se opone a la Iglesia jerárquica e institucional, sino a la Iglesia mundana y secularizada, cuando en la práctica ha hecho una opción preferencial por los ricos o ha dejado de hacerla por los pobres; 2) la Iglesia de los pobres no se deja absorber por las organizaciones populares, ni se deja manipular por ellas, antes sabe bien que por voluntad de Dios tiene que dar mucho de específico a la liberación de los oprimidos, aunque reconoce en ocasiones que las organizaciones populares son los medios más adecuados para que cristianos comprometidos cumplan con su obligación política; 3) la Iglesia de los pobres no deja ideologizarse, sino que somete todo lo que está a mano —incluso la ideologías— para realizar mejor su misión de ayudar a instaurar el Reino de Dios entre los hombres; sabe que para ello su mensaje espiritual y humano es insustituible y no trata de inmiscuirse en la autonomía de lo político ni deja que la concreción de lo político se inmiscuya en su ac-

ción histórica. Nada de esto es fácil de realizar y, a veces, se falla. Pero también hay que reconocer que los obispos y los presbíteros fallan no pocas veces en su respuesta a las exigencias del Evangelio y a las exigencias de los más pobres, necesitados y perseguidos.

Por lo que toca al problema que hoy presenta la Iglesia de los pobres en Nicaragua, cabe hacer las siguientes observaciones. En Nicaragua hubo bastantes eclesiásticos que fueron somocistas, lo cual dió a la Iglesia en épocas anteriores un cierto tinte somocista; hoy hay en Nicaragua bastantes eclesiásticos y fieles que son antisandinistas, lo cual da a una parte de la Iglesia institucional un cierto carácter antisandinista. El antisandinismo de estos eclesiásticos y fieles es evidente y es también bastante claro su preferencia por otras opciones políticas, que son asimismo antisandinistas y partidarias de lo que se entiende por democracia liberal. De poco sirve el decir que son antisandinistas porque los sandinistas son marxistas y en cuanto los sandinistas son marxistas y totalitarios; el hecho político es que su imagen y su presión se realizan en oposición al actual régimen nicaraguense. En esta línea está una buena parte de la jerarquía, especialmente la de la arquidiócesis de Managua.

Tampoco se puede ignorar que hay eclesiásticos y fieles ardientemente sandinistas, porque les parece que el sandinismo es la mejor forma política para que se vean pronto favorecidas las mayorías populares. Si juntamos a ello, el hecho anteriormente apuntado del carácter antisandinista de otra parte de la Iglesia, será fácil de ver y comprender la división y oposición que se dan en Nicaragua. También ha de reconocerse que algunos sandinistas quieren servirse de la Iglesia o de la parte de la Iglesia, que simpatiza con ellos, para llevar adelante su forma política de actuar. Estos querrían una Iglesia popular como la que el Papa desestima. Pero no así los otros. Hay muchos cristianos que trabajan en favor del sandinismo y que, no por ello, subordinan su fe a los intereses políticos del sandinismo. Puede ser que algunas veces no muestren la independencia deseada y la capacidad de crítica pública y profética necesaria a la Iglesia; pero ésta es una cuestión de hecho y no una cuestión de principio. De todos modos, aquí reside un difícil obstáculo para la unidad de la Iglesia, no ya sólo entre sacerdotes y fieles sino también, aunque menos aparentemente, en las propias filas episcopales: unos obispos son más antisandinistas que otros, unos obispos están menos politizados que otros.



La reacción causada por la carta de Juan Pablo II entre quienes pueden ser estimados como promotores de una Iglesia de los pobres muestra hasta qué punto su concepción de Iglesia y su fidelidad al Evangelio están por encima de otros compromisos temporales. Renuncian a usar el término de Iglesia popular, como se lo pide indirectamente el Papa, propugnan la unidad dentro de la Iglesia, buscan el diálogo con los obispos en favor de una unidad profunda y no de mera apariencia, acuden al Evangelio y a la más sana tradición de la enseñanza y de la práctica de la Iglesia para buscar en la verdad la santidad del cuerpo eclesial, se proponen corregir sus posibles excesos y aun errores; pero piden también a los obispos volver más de corazón al Evangelio y a la realidad de los más pobres para realizar la unidad en la verdad y en la santidad. Los problemas de la Iglesia en Nicaragua no surgen sólo del comportamiento de fieles y sacerdotes, que se pueden considerar prosandinistas; ni la solución de ellos está en abandonar toda suerte de compromiso temporal. Está, más bien, en discer-

nir cuál es el compromiso temporal exigido en esas circunstancias por la fe cristiana y en actuar con suma prudencia sin confundir lo que es opción política con lo que es opción de fe.

También en El Salvador puede haber algún problema con la Iglesia popular. Pero ha de decirse que sólo una mínima parte de lo que puede considerarse como Iglesia de los pobres puede ser tildada de los defectos que Juan Pablo II ve en la Iglesia popular. En la mayor parte de las comunidades de base hay un profundo deseo de comunión con los obispos, quienes deben ser realmente como los quiere el Vaticano II; hay una clara conciencia de autonomía frente a instancias políticas, aunque se apoye a las que más estén a favor de los oprimidos y hay una búsqueda incesante de métodos no violentos que traigan de verdad la liberación al pueblo. Tal vez por ello la carta de Juan Pablo II a los obispos salvadoreños es tan distinta de la carta que el mismo Papa dirigió a los obispos nicaragüenses.

E.B.